

El padre y la transmisión generacional del malestar subjetivo de la hipermodernidad

ERICK G. COBOS *

En la actualidad, en la clínica cada vez nos enfrentamos con malestar ligado al narcisismo o a trastornos no neuróticos que representan un reto al trabajo en psicoanálisis. Sumado a que la cultura responde a esas experiencias con el consumo y la rapidez de los medios de información, nos vemos en la necesidad de ampliar el conocimiento teórico y las hipótesis explicativas que demarcan nuestro trabajo clínico. Mucho se ha hablado de la importancia de la función del padre y de la madre; pero, en comparación, han sido menos los trabajos que tratan del padre real. Además, los aspectos heredados generacionalmente también son un reto a la comprensión de los fenómenos que se presentan en la clínica, en la actualidad, y con la unión de estos elementos, se va volviendo necesaria para abordar la complejidad que nos rodea. El padre, la transmisión generacional y su impacto en el malestar son temas de análisis en este trabajo.

PALABRAS CLAVE: Transmisión generacional, hipermodernidad, malestar subjetivo, el padre.

Nowadays, we encounter in the clinic work discomfort linked to narcissism or non-neurotic disorders that represent a challenge to psychoanalysis, added to the fact that culture reacts to these experiences with consumerism and speed in the media. We are therefore in need to expand theoretical knowledge as well as the hypotheses that frame our clinical work. Much has been said about the importance of the role of the father as well as that of the mother, but there are few works that focus on the real father. Also, the generational inherited aspects present a challenge to understanding the phenomena that appears in modern day clinic. The merging of these elements has become necessary to address the complexity that surrounds us. The father, the generational transmission and its impact on the malaise, are subject of analysis in this work.

KEYWORDS: The generational transmission, hypermodernity, subjective malaise, the father.

* Universidad Intercontinental y Universidad Latina. Contacto: erickgoco@gmail.com



El 22 de octubre de 2011 (Arcella), en el congreso de los cinco continentes, se promulga la Declaración de Lyon, en la cual se problematizan las consecuencias de la *mundialización* sobre la salud mental. En esta declaración, se evidencia que esto es un proceso que se da por el crecimiento de los flujos migratorios, los intercambios humanos, comerciales y de información, lo que ha generado una conciencia más globalizada, donde “cada uno es mi vecino”. A la par, se da un segundo proceso que se imbrica: el de la economía de mercado orientada únicamente al lucro (neoliberalismo) que construye la ideología, en la que sólo la iniciativa individual es el eje de la riqueza de las naciones, así como su desgracia. Esta nueva economía carece de regulación, lo que favorece la codicia sin control de los que detentan el poder. Así, como consecuencia, vemos efectos fastos y nefastos en términos de salud mental, como los que se pueden entender desde la clínica del vacío y aquellos trastornos que quedan fuera del marco de la comprensión de las neurosis, como es el caso de las dolencias de tipo narcisista.

En lo que concierne a las personas, la contemporaneidad en sí conlleva la posibilidad de precipitar toda una serie de problemáticas que

en general son reconocidas como elementos de la posmodernidad, como lo líquido de la sociedad actual de la que Bauman (2018) habla al referirse a la sociedad contemporánea, que no conserva una forma ni se fija en un espacio ni se ata al tiempo. También lo blanco de Bolívar Echeverría (2010), como la tendencia de homogeneización del hombre blanco, que evita el encuentro afectivo con la otredad individual y cultural; y como lo vacío de Lipovetsky (2014), quien afirma que Narciso ha desplazado a Edipo, en una sociedad saturada de contenidos con nada. Por otro lado (Moctezuma, 2013), se defiende la idea de que el discurso sobre la salud ha quedado en un lugar en el que no se cuestiona, porque es muy obvio. Además, no se toma en consideración la tendencia humana de insistir por lo peor, tendencia que no radica en los efectos de la mundialización o la contemporaneidad, pues ha estado presente en la historia de la humanidad. El sujeto sufriente se mortifica a sí mismo de su propia tragedia.

Si los pacientes hoy en día pueden tener elementos en común que resuenan con lo que los sociólogos llaman *hipermodernidad* (Lipovetsky, 2014) o *modernidad capitalista* (Echeverría, 2010), sería irresponsable no mirar hacia el

exterior de los consultorios para tratar de encontrar representaciones y significaciones de lo que se va presentando en los divanes. Entendemos que Freud (1930/2007) hablaba de un malestar en la cultura, el cual está instaurado en el superyó. Éste, como portador de la moral, no carga con la moral caprichosa de los padres, sino con la moral caprichosa de la sociedad, y ésta se ha transformado en los últimos cien años. Una crítica probable es la de la experiencia subjetiva de cada paciente, que poco tiene que ver con lo que sucede en la realidad, pues al final ésta es inaccesible. Pero no podemos ignorar que cada uno de nosotros toma las representaciones y significaciones, de nuestros padres en un primer momento, y ellos no viven como sujetos aislados en una burbuja. Aunque el niño no sea consciente del mundo externo, se hace presente por medio de sus padres, quienes responden a las demandas de la realidad y se sujetan a la moral y las leyes externas (aunque las renieguen o desmientan, la negación da por sentada una afirmación).

Narciso ha desplazado a Edipo, en una sociedad saturada de contenidos con nada

En la actualidad, los pacientes —principalmente aquellos que se consideran como no-neuróticos— se presentan con la dificultad de elaborar las experiencias cayendo en un pensamiento mágico, lo cual los hace susceptibles a padecer el dolor psíquico. Una de las condiciones para que se desarrolle esta experiencia vaga y no localizable es la dificultad que el paciente muestra ante la integración de su persona a la realidad ambiental o social (Troister y Holden, 2013). En cierta medida, esta dificultad, entre otras cosas, se da por la imposibilidad, hablando de esa imposibilidad del superyó a dos voces, refiriéndose a la prohibición, así como a una tarea inalcanzable (Freud, 1923/2007) de pensar la realidad de manera onírica, no deja, desde la perspectiva del paciente, la posibilidad de soñar, pues expresa que todo está perdido y no tiene

sentido intentar hacer una diferencia pues es imposible lograr cualquier cambio en el exterior.

Aunque Green (2011) menciona que el concepto fue descartado por la asociación psicoanalítica internacional por ser del ámbito de la psicología y no del psicoanálisis, retoma el concepto y también las aportaciones que se hicieron en el congreso de la *British Psychoanalytical Society*, dedicado al dolor psíquico, al que



J. B. Pontalis define como una experiencia Yo-cuerpo, que no está ligada a una pérdida objetal, sino a una decepción en un estado de no preparación. Estas ideas armonizan con la definición original de Schneidman (1993) y con los trabajos actuales de Troister y Holden (2013) y su equipo de investigadores. Porque el paciente no-neurótico, en su estado preverbal ex-

puesto a mayores frustraciones y a sufrir por su falta de preparación por la dificultad de conciliar al yo con la realidad social —sumado al fracaso del padre en sus funciones de paternaje—, hará que la ausencia de sentido de pertenencia eventualmente se convierta en una experiencia dolorosa.

Si bien estamos entendiendo que el paciente con severas heridas narcisistas está luchando por librarse de un sufrimiento que no le permite gozar la vida plenamente, y que este dolor se acrecienta o desencadena a raíz de las problemáticas sociales que no otorgan una posibilidad de desenvolvimiento de su personalidad, independencia y potenciales creativos, sería tarea de una investigación psicoanalítica entender las motivaciones inconscientes detrás de esos fenómenos, ¿Qué predispone al paciente a la experiencia del dolor o a otras experiencias de malestar psíquico? Y ¿qué es lo que termina por empujarlo a cometer el acto suicida? Las hipótesis genéticas y dinámicas de la metapsicología tendrían los recursos para hacer una exploración de ese fenómeno. De acuerdo con una de las pre-

misas básicas freudianas —el complejo de Edipo y la tarea de la castración del padre en la intrincada triangulación, con el fin de que el niño renuncie a su omnipotencia, tolere la frustración de la realidad y, así, en falta, salga en la búsqueda de su propio deseo—, nos haría pensar que el neurótico estaría bien preparado para afrontar las dificultades del exterior con los recursos internos que sus padres han tenido a bien proporcionarle. Pero, entonces, ¿qué sería de los no-neuróticos. ¿Por qué algunos estarían predispuestos a la ideación suicida y a dolor psíquico y qué salvaguardaría a este tipo de pacientes de no experimentarlo?

¿Qué predispone al paciente a la experiencia del dolor o a otras experiencias de malestar psíquico?

Sabemos que la renuncia pulsional es por el bien de la permanencia de la cultura (Freud, 1930/2007); el malestar que provoca es un precio por la supervivencia de la raza; la energía de Eros se dirige al trabajo y la perpetuación; la agresión, proveniente de la pulsión de muerte, será culpa que también servirá al mantenimiento de la sociedad (Rozitchiner, en Braunstein *et al.*, 2015); quizás, en esta última consigna, el superyó ya no celebra como antes la detención de la agresión y su conversión en sentimientos de culpa, sino que conduce la agresión al cumplimiento de un ideal, formado por los estándares de la sociedad hipermoderna, pero que en realidad no busca el cumplimiento de estos estándares como tal, tan sólo la sensación de culpa y de devaluación del yo ante los fracasos por alcanzar dichos ideales. De nuevo, la cultura actual como la antigua dependería de este sentimiento de malestar para su supervivencia y perpetuación, pues se formaría en cada fallo como indispensable, especialmente en la sociedad actual.

Viñeta clínica

En esta investigación se analizó el caso de un joven (Telémaco) de 34 años, que pasó por un tratamiento psicoanalítico de cinco años.

El caso se eligió por presentar manifestaciones de malestar recurrente, además del tipo de relación con su padre y la percepción que él y la familia tenían del abuelo paterno. La pregunta que surgió para la elaboración de este trabajo va dirigida a entender si lo que observamos de nuestra cultura occidental actual está relacionado con el padre y la transmisión generacional.

Telémaco llega a consulta referido por la paciente de un colega; originalmente, sería atendido por éste, pero por disponibilidad lo refiere a mí, por el motivo de un estado depresivo profundo que le impedía continuar sus estudios de licenciatura, pues se inscribía los semestres y los abandonaba casi desde el inicio. Desde las primeras sesiones, se pudo observar apatía hacia cualquier experiencia; hipersomnia durante el día e insomnio en las noches; no podía concentrarse en realizar sus tareas, pues se distraía fácilmente. Había una tendencia repetida de dejar inconclusa casi cualquier tarea que se propusiera. El primer contacto se realiza con la madre de Telémaco (Penélope), por teléfono; da la impresión de estar sobreinvolucrada y muy apegada al hijo. Ella menciona que lo ha visto muy deprimido desde hace dos años y que ha ido perdiendo los semestres al reprobar todas las materias por abandonarlas de manera temprana; en ocasiones, llegaba a pasar alguna, pero la mayoría de las veces perdía casi todo el semestre. Frecuentemente, se lesionaba el tobillo; parecía tener una debilidad en los ligamentos y, bajando un escalón o tropezando con una banqueta, se llegaba a provocar un esguince. En particular, cuando se interrumpían las sesiones de análisis.

En la primera sesión, Telémaco se muestra inhibido, le cuesta hablar y refiere que no está acostumbrado a hablar de sí mismo; casi todo su discurso es intelectual, carente de expresión emocional, entiende lo absurdo de su situación y que, aunque intenta asistir a la escuela, a veces iba manejando hacia la universidad y de pronto perdía la motivación y regresaba a su casa a dormirse. En este primer momento, asocia su malestar al suicidio de su hermana alrededor de dos años atrás. Menciona que cuando más cercano se sentía ella, la pierde repentinamente.



Describe un malestar general en todos los aspectos de su vida; no disfruta nada y se siente desapegado de todo y de todos, como si nada ni nadie le provocaran algún tipo de interés. Este sentimiento le generaba sentimientos de culpa en particular hacia su madre. Soñaba y fantaseaba que tenía algún tipo de accidente donde perdía un miembro; de alguna manera, quedaba mutilado tras un accidente. Describía que constantemente se aburría de cualquier actividad o contacto y se cuestionaba el propósito de llevarlo a cabo;

en un inicio, ninguna tarea parecía tener un propósito que valiera la pena hacer algún esfuerzo.

Sobre el padre, Ulises, los encuentros eran esporádicos. Telémaco refiere que, en cada encuentro, el padre le presentaba un nuevo proyecto de negocios que él ya se imaginaba nunca se concretaría. El padre lo invitaba a comer a veces con algunos amigos; esto último molestaba mucho a Telémaco. Siempre llegaba muy tarde a las citas, aunque la hora la ponía Ulises; igual que la madre, el padre sabía muy poco de su hijo. En alguna ocasión, Telémaco —ya con 30 años de edad— hablaba sobre una pretendiente que tenía en esa época, y contó que Ulises le dijo que, si necesitaba condones, él se los regalaría. Esta actitud le pareció absurda a Telémaco y le molestó, pues nunca antes el padre se acercó a hablar de sus relaciones de pareja o acerca de la sexualidad. En una ocasión, el padre olvida una cita con Telémaco y, a partir de ahí, dejan de hablarse casi por un año.

Casi todo su discurso es intelectual, carente de expresión emocional

Telémaco ingresa a su primer carrera, pero narra que nunca se sintió realmente convencido. Le sorprendía que sus compañeros discutieran temas vistos en clase fuera de las aulas, pues él no sentía esa pasión o interés: quería salir lo más rápido del aula y distraerse con otra cosa. Esa sensación lo llevó a darse cuenta de que no le gustaba su elección de carrera, por lo cual decide cambiarse a otra carrera, después del segundo semestre. Esta carrera se imparte en distintas escuelas y él ingresa a la que, en la facultad, se considera de mayor renombre; pero en esas fechas su papá es diagnosticado con una enfermedad del corazón, por lo cual debe ser intervenido quirúrgicamente. En ese entonces, aún no se apasionaba por las materias; se sentía apático y desconectado. En el primer semestre, él olvida presentar un trabajo en equipo, por la situación que se pasaba con su papá; posteriormente, en nuevos trabajos en equipo,

nadie quería trabajar con él. Eso le generó tal sensación de rechazo, que desencadenó el paulatino abandono de sus materias y terminó por perder su lugar en la escuela en la que estaba inscrito; en consecuencia, tuvo que buscar otra, que ya no contaba con el prestigio de la primera.

En 2015, a unos ocho meses de jubilarse, recortan personal en la empresa de Penélope y ella es afectada. Por esa razón, Telémaco decide terminar el tratamiento, pues quiere usar el dinero de la renta que recibía para los gastos de casa y disminuir las salidas. A pesar de la situación, Telémaco se sentía más presionado que la mamá, ya que a ella la veía tranquila.

Análisis psicodinámico

El diagnóstico estructural proviene de las ideas de Bergeret acerca de las a-estructuraciones. Podemos partir de la noción general acerca de un narcisismo mal establecido y excesivamente frágil, que demanda protección, afecto, respeto y sostén. El objeto se vive persecutorio y como un yo auxiliar y superyó auxiliar, viéndolo como protector e interdictor (Stern, en Bergeret, 1974). Telémaco veía en la transferencia un objeto del cual demandaba afecto y comprensión pero vivía sintiéndose perseguido y temiendo que lo juzgara o devaluara por los fracasos recurrentes en sus estudios o en sus relaciones. Encontraba consuelo defendiéndose de esas angustias persecutorias desde una posición depresiva en la que culpaba a un hado funesto y se valoraba como incurable.

Esta relación objetal también se replicaba en amistades, relaciones de pareja y particularmente con la madre. Se perseguía a sí mismo al considerarse una carga para todos ellos; le daba vergüenza pedirles, por sentir que abusaba de su confianza y temía mostrar una imagen devaluada de sí mismo que justificara que fuera recha-



zado. Este ideal insostenible frente a los objetos le daba elementos de racionalización cuando, en efecto, era rechazado o criticado, como una medida anticipada para evitar el dolor del abandono. Posiblemente los trata como objetos contrafóbicos (Deutsch, en Bergeret, 1974) para asegurar su proximidad y del mismo modo relacionarse analmente con ellos, dominándolos y agredidos, sólo que desde una vuelta contra sí mismo, actuando como sometido y devaluándose a sí mismo en lugar de devaluar a los otros.

Al hablar de relación anal con sus objetos, podemos hipotetizar que Telémaco no alcanza la genitalidad ni la triangulación edípica por una serie de micro traumatismos más que un único trauma psíquico precoz. Estos micro traumatismos se relacionarían con desapego por parte de los padres, abandonos, indiferencia ante las experiencias emocionales de Telémaco así como falta de interés en lo que le pasaba, de la misma forma que se puede ver en la actualidad, en la que tanto madre como padre, ven por sus propias necesidades sin tomar en consideración las de sus hijos

(suicidio inesperado de la hija), deserción de materias y semestres de parte del paciente, sin que los padres actúen al respecto hasta que interviene alguien externo.

Pensando en un predominio de lo anal, y retomando la idea de que en los objetos anaclíticos encontramos las funciones auxiliares del yo y el superyó, Telémaco funciona principalmente bajo la tiranía de un ideal del yo instaurado desde identificaciones primitivas con los padres, en las cuales podrían exigir relaciones fantasmáticas con generaciones previas; por ende, Telémaco se regiría centralmente por cumplir expectativas de una imagen ideal o perfecta, vista casi siempre como estudiante, para sostener su relación con el ideal del yo y evitar la crítica. La crisis que descompone el funcionamiento de Telémaco viene cuando se critica el sostén de su narcisismo —es decir, su desempeño académico y su identidad de buen estudiante—, al verse rechazado y criticado por sus compañeros, creando una imagen de perezoso, mal alumno. El último bastión de su narcisismo se ve invadido por el rechazo y la devaluación



del ideal del yo, rechazo y devaluación que —considero— se ha heredado de los padres, quienes a su vez han sido rechazados por sus propias familias, lo cual llevó al padre a la bipolaridad y a la toxicomanía, y a la madre a la depresión (distimia), junto con el fanatismo religioso.

Las defensas de Telémaco van de la evitación de la angustia depresiva a la forclusión de la imagen integrada de los objetos y la sexualidad, ya que esto provocaría que se desencadenen las angustias y el trauma central. En cuanto a reacciones proyectivas —como las describe Bergeret (1974)—, entendemos que consisten en situar en el objeto exterior elementos que le hagan considerar una fantasía de omnipotencia sobre el otro, donde puedo describirla con mayor claridad. Durante el proceso analítico, era donde, de manera

Los padres, a su vez, han sido rechazados por sus propias familias

repetida, Telémaco me hacía sentir muy frustrado e incluso me hacía cuestionarme mi capacidad como analista, al grado de que llegué a creer que el proceso que llevábamos no tenía propósito; esta experiencia era muy similar a la que él sentía acerca de casi todo y por lo cual terminaba abandonando casi cualquier actividad; sólo que, durante el proceso de análisis, él esperaba que fuera yo quien lo abandonara primero.

La experiencia que conduce a la depresión a Telémaco también provoca una descompensación importante en el funcionamiento de su organización psíquica y lo que Bergeret describe como un estallido del tronco común. Hasta ese momento, Telémaco funcionaba con cierta normalidad, aunque ya comenzaban a expresarse indicios de malestar por una crisis de identidad y dificultad en libidinizar su vida en general. Al ser criticado en el área en la que se sentía fuerte, su narcisismo se quiebra. Como menciona Bergeret (1974), esta descompensación necesita una vía por la cual reorganizar el funcionamiento psíquico; en este caso, el paciente recurre

a la vía psicosomática, pues expresaba su nivel de desorganización por medio de la piel y pretendía expresar la necesidad de afecto, contacto y sexualidad, pero se avergonzaba de su aspecto y creía que sería rechazado por éste.

Buscando ampliar la comprensión del caso, podemos agregar cómo Telémaco actuaba para desmentir la separación del analista y las emociones que conllevan (Quinodoz, 1993). En dos ocasiones, cuando yo tomaba vacaciones, Telémaco se esguinzó el tobillo, quizá como una actitud de reproche ante la separación. Pero, comprendiendo mejor el funcionamiento psíquico y como ese esguince se presentó en situaciones distintas, pero en relación con la separación frente a otros, Telémaco elegía dolor físico o somático en lugar del sufrimiento psíquico. En patrones que se pueden hipotetizar en su familia, parece una práctica común: primero perforarse el riñón (tío paterno) o llegar al suicidio (hermana) a tener que sufrir emocionalmente.

Relacionando los elementos mencionados del funcionamiento psíquico de Telémaco, también podemos agregar el concepto *psychache* (Schneidman, 1993). Este autor se refiere a un malestar que no se puede localizar y que, más que deberse al rechazo mismo, se explica por la experiencia de vivirse como una carga y a la dificultad de representarse como alguien que pueda funcionar socialmente de manera satisfactoria y plena. Además, este elemento es un aspecto de la tríada suicida de Schneidman, la cual, si se le agrega depresión y desesperanza (ésta, ligada al rechazo, particularmente, el de la madre), conduce al suicidio.

Podemos pensar que el fracaso de esta alineación de los deseos pulsionales con las restricciones del ambiente, se deben en parte al salto de lo anal a un latencia virtual; pero, además, parece que una cualidad narcisista por la línea del padre impide esta alineación: un abuelo idealizado como figura de éxito inalcanzable y triunfo (al menos, como un mito familiar) provoca hijos varones inadaptados, con tendencias a las adicciones, a la manía y a la enfermedad como una actitud de protesta o negación a aceptar sus limitaciones. Los hijos, a su vez —en particular, Ulises—, transfieren a sus hijos esta herida narcisista negada, que provoca un dolor no definido, no re-





presentado, que termina por manifestarse en un suicidio y una profunda depresión.

En Telémaco, podemos observar esa sensación de ser una carga. Apareció también la depresión, pero la hipótesis es que la desesperanza se vio bloqueada por la muerte de la hermana. Considero que Telémaco quería volverse el baluarte del suicidio en su familia e inmortalizarse en la memoria de sus padres con ese acto, liberándoles de él, pero al mismo tiempo agrediéndolos con su propia muerte. Al morir su hermana en su lugar y de forma anticipada, la fantasía que tenía acerca de su propia muerte se ve deshilada y pierde sentido, pues ya no sería recordado por su suicidio, puesto que se convertiría en uno más. Es decir, el suicidio pierde sentido, el valor que tenía como un acto martirizante, donde expía sus culpas y a la vez es recordado como víctima, deja de serlo, pues la condición del mismo era quedar como único dentro de la familia, gracias a la actuación de un ideal del yo que necesitaba gratificación por medio del dominio de los objetos mediante un acto de agresión. Al dejar de ser un acto único, porque la hermana se adelanta ya no podría ser usado como medio de control, pues ahora él era sujeto del control agresivo de la hermana o al

menos así era experimentado por el paciente. La sensación de vacío muy cercana a la escrita por Balint en la falta básica se acentúa haciendo que incluso salir de la habitación de su cuarto pierda sentido. Ya nada quedaba para satisfacer al persecutorio ideal del yo que ya había desechado a Telémaco por ineptitud.

El suicidio de la hermana se vivió aún como dolor; pero Telémaco reconocía que él no tenía la culpa ni éste de su malestar durante todos estos años. En cuanto a su padre, Telémaco consigue aceptarlo y relacionarse con él hasta donde el propio padre puede, sin que el hijo se frustre por la inconstancia de Ulises, su impuntualidad e incapacidad de ver por otros. Finalmente, la sensación de una vida sin sentido que causaba una parálisis en el deseo y en los actos, se diluye al final del tratamiento, pero considero que aún existe en él una vaga sensación hacia la vida como algo vacío y nimio.

La historia familiar representada en Telémaco podría vincularse con la idea de una tierra de muertos que proyectan sus fantasmas en las generaciones que les suceden (Moctezuma, 2010). Ulises, en tanto padre, y Telémaco, como hijo, resucitaban a los muertos que conforman

una constelación familiar, portando un significado y transmitiendo guiones imaginarios. Esta configuración ancestral implica un carácter significativo que hace explícita y tangible la manera específica que Telémaco y su hermana tuvieron para acceder a la desgracia. Quizás, en algún momento del pasado familiar de Ulises y de Penélope, ya existía una necesidad de negar el dolor y actuar desde la omnipotencia como manía para evitar que apareciera en la transmisión; parece un punto en el que la debilidad y la profundidad de una herida no deja sanar a dos miembros de última generación de ambas familias que no tienen remedio más que actuar lo que por mucho tiempo se ha mantenido negado.

De manera hipotética, sería grato pensar que con Telémaco y Penélope termina la desgracia familiar que se ha transmitido inconscientemente, pues con un acto que conduce a morir ha terminado con una posibilidad de seguir el linaje y por otro. Telémaco logró poner el guion sobre la mesa de análisis, verbalizando emociones y sentimientos que no iban de acuerdo con una figura ideal (yo ideal) y poniendo en evidencia otra posibilidad para tratar el dolor.

Ulises y Telémaco resucitaban a los muertos que conforman una constelación familiar, transmitiendo guiones imaginarios

Es posible que la negación de las capacidades de los hombres venga en relación a proteger un yo ideal familiar a través de un discurso que sostiene el narcisismo familiar (Silvia de Gomel, 1991). En cuanto a las funciones, se considera que tanto la función materna, como la paterna trabajan de forma perversa, pues la madre deposita su necesidad narcisista de ser en su hijo; no le permite separarse ni ser independiente, pero al mismo tiempo le exige ser exitoso; el padre se encuentra omnipresente en los ideales de la familia paterna que se transmiten en el funcionamiento del paciente; sigue cargando con la necesidad narcisista de omnipotencia, fuerza y poder. Al final, Telémaco no puede abandonar la relación con una ni con el otro, pues él es depósito de los deseos

narcisistas omnipotentes tanto de la madre como de la familia del padre. Además, por parte de la familia paterna, Telémaco viene a representar un baluarte narcisista quien ha de volver a reconformar el rol de lo masculino en la familia, pero con el destino trágico de fracasar ante esa exigencia o, después del análisis, de renunciar al rol que la familia paterna le está asignando.

Un traumatismo psíquico heredado

A partir de las intervenciones hechas al sujeto que se analiza, se procedió a reducir la información por medio de un análisis con el que se determinaron las dimensiones y, a su vez, las categorías para realizar las hipótesis teórico-clínicas, en relación con la pregunta de investigación acerca de la transmisión del trauma psíquico por la línea paterna y su relación con los malestares sujetos a la contemporaneidad.

El joven del cual parte este análisis está insertado en el lenguaje, no se observa una forclusión de la ley o negación de la realidad; al contrario, la realidad pesa, y es un peso que por su levedad termina por volverse insoportable. Esta levedad viene a colación, porque ahora entendemos que las consignas de la cultura actual se pueden entender en una frase: “Vive tu vida al máximo y alcanza con tu trabajo el éxito”. Esta consigna, aunque positiva y motiva-



dora, viene del superyó y, volviendo al sentimiento de culpa, tenemos que develar las vendas de nuestros ojos y entender que al superyó poco le interesa el cumplimiento de sus leyes. El superyó busca que el sujeto fracase y, en el extraño caso de que lo cumpla, sólo conseguirá sentirse más culpable, pues de

cada déficit de dicha la cultura obtiene elementos para continuar con su existencia, como Freud (1930/2007c) lo señala al referirse a las personas más devotas como aquellas que experimentan mayores

sentimientos de culpa. Volviendo al caso, él tiene claro qué debe alcanzar, pero con el sentimiento de que no lo logrará y, aunque así fuera, finalmente no habría valido la pena. No es que acaso esa consigna suena familiar, como una voz interna incesante en el cumplimiento del deber y la renuncia al deseo pulsional. Estamos hablando, claro está, del superyó.

“Vive tu vida al máximo y alcanza con tu trabajo el éxito”

El superyó se compone, como nos explica Freud (1923/2007), de dos elementos: las normas morales y los ideales; ambos vienen originalmente de los padres, pero se enriquecen, en la latencia y la adolescencia, de lo que la cultura con múltiples figuras de identificación puede proveer al adolescente. El efecto de plus-represión¹ de Marcuse (1986) se hace más presente en esta etapa; se restringe al adolescente a pensar en que exista la posibilidad de una realidad distinta de aquella en la que nos encontramos. En el caso analizado, ni siquiera puede pensar en otras posibilidades que le permitan llegar a la satisfacción; supongamos por ahora que esto es efecto de la cultura únicamente. Es claro que no será así, pero por el momento coincide con la dificultad de poder visualizar una solución a un malestar incomprendido e innombrable; incluso en la transferencia la sensación de futilidad reverberaba. Siguiendo a Marcuse (1986), la única salida serían las fantasías ligadas a pulsiones parciales insatisfechas que, por ser más primitivas y ligadas a los afectos, se escapan del dominio de la sociedad; pero, al revisar, el caso lo único que hacía eco en la vida afectiva era dolor y rechazo acompañado por somatizaciones.

Retomando a Althusser (en Pasqualini, 2016), entendemos que la ideología y sus rituales sobredeterminados² por el exterior

¹ Se refiere a las restricciones específicas introducidas por la sociedad para asegurar la dominación social.

² Múltiples causantes de un síntoma o un elemento del contenido manifiesto de un sueño.

y el mismo sujeto, en realidad están condicionados a la interpelación,³ donde se reafirma la idea anterior. El niño y el adolescente son sometidos a una serie de instituciones en las que se modela su funcionamiento, se refuerza la renuncia a lo erótico y el sometimiento de la agresión, con el propósito de heredar el aprendizaje y las buenas costumbres de la vida en sociedad; en cierta forma, aquello que la sociedad considera necesario promover lo inserta en los nuevos individuos como un germen que, al florecer, hará creer al individuo que esa idea o motivación le pertenece de manera original. En nuestro caso, la necesidad de vivir al máximo (muchos éxitos escolares, laborales) aparece en consulta como un anhelo que consideran que les es propio, pero que se desmiente cuando no encuentra el empuje para alcanzarlo; por el otro, está la demanda familiar, ya sea que continúen con el legado de los abuelos o el de sostener a toda la familia.

La necesidad de vivir al máximo aparece como anhelo que consideran propio, pero que no encuentra empuje para alcanzarse

Existe una coincidencia entre los puntos nodales⁴ y el imaginario social (Laclau y Mouffe en Pasqualini, 2016); en lo social, se van construyendo ideologías que van de acuerdo con las necesidades de la cultura y la civilización, tomando en cuenta tanto elementos psicológicos, como biológicos. Cada sujeto, entonces, se engancha con estas representaciones imaginarias que van dándole sentido al mundo cuando por medio de ciertos puntos nodales logra identificar aspectos propios de su inconsciente. El sujeto se modela por la sociedad, pero al mismo tiempo la modela; en nuestros casos, no son sólo las demandas hipermodernas las que hunden en el vacío y la timidez sus anhelos, sino que también ellos mismos

³ Acto del reconocimiento con el cual la sociedad constituye a los individuos en sujetos.

⁴ Éstos son formas de limitar la proliferación de sentido que hace la predicación imposible. Son modos parciales de generar efectos de sentido que permiten reducir la polisemia intrínseca a lo social.

encuentran significaciones a su malestar dentro de la misma sociedad, un factor conveniente para evitar los aspectos del inconsciente, negados, reprimidos, desplazados o forcluidos que están siendo parte de su sufrimiento. Retomo la necesidad de hacer énfasis en que no es sólo lo que está sin resolver en el inconsciente el verdadero culpable del malestar del caso revisado, sino que éste se refuerza y toma formas específicas en el encuentro con lo cultural, dado que el agente del malestar parece ser el superyó que se arma desde la cultura y desde los objetos internos. Si bien el trabajo psicoanalítico no puede cambiar la cultura, considero que para la comprensión de estos fenómenos no puede dejarla a un lado; aunque definitivamente el análisis se dirigirá hacia el propio sujeto, quien buscará sentido y resolución a su malestar desde sí mismo y no en un intento omnipotente de reorganizar su sociedad para encontrar bienestar.

Las familias se encuentran insertas en la cultura y, por ende, construyen sus ideales y valores en consonancia con la propia cultura, pero lo hacen a su modo. Al hablar de esta manera particular, vemos que cada familia reinterpreta las normas morales y sociales desde sus propias representaciones y modelos de identificación, de donde provienen sus ritos, mitos, valores, costumbres y leyes internas. Autores como Matus (1991) asumen la existencia de estructuras familiares acorde a las estructuras de personalidad; hay familias neuróticas, psicóticas y narcisistas, esta última con dos vertientes: las que se identifican con el yo-ideal y las que actúan de acuerdo a con el ideal del yo.



En el caso trabajado para esta reflexión, pensamos en una familia narcisista, pero con la característica de que el elemento que las constituye es un aspecto negado que deja ver, en consecuencia, una tendencia omnipotente. La consideraremos una familia negativa, pues su elemento identificatorio es algo que se asume que no está. Retomando la idea del bucle, el padre primordial de esta familia —el abuelo paterno— proviene de una sociedad que, saliendo de la época de posguerras no da cabida al dolor, sólo al triunfo, elemento que toman a pecho, logrando construir una riqueza familiar que hasta la fecha perdura, pero al costo de negar un elemento doloroso. Lo mismo ocurre con la cultura, que niega, al entrar a la postmodernidad, el dolor de la guerra, pues está muy ocupada celebrando el triunfo capitalista que terminará por concretarse al final de la guerra fría (Bartra, 2017).

El dolor, el trauma queda relegado al inconsciente que, como todo elemento en el inconsciente, seguirá trabajando sobre el psiquismo reclamando su autenticación y representatividad en la vida anímica. Como padre, este abuelo ne-

gará su propia castración y fracasará en su propia función paterna (Lacan, 1956-1957); la distancia que pone entre él y sus hijos no facilitará la expresión de la agresión de ellos hacia él para salvaguardar las funciones de la madre (Winnicott, 1935) y la agresión devendrá hacia el propio Yo en sentimientos de culpa. Pero estamos en el entendido de que estas familias existen y perduran ante la negación de la debilidad y el sufrimiento; por lo que, entonces, vemos en esta segunda generación una renegación, que, como no puede quedar sólo como la primera negación en el inconsciente, pues desde un inicio ya se encontraba así, se actuará la manía como manifestación de rechazo hacia ese dolor, esa debilidad que amenaza a la familia. El paralelismo de esta experiencia, pero dentro de la cultura, sería que la modernidad niega el dolor, la postmodernidad la reniega en su intento de negar todos los valores de la modernidad y a la hipermodernidad sólo le queda experimentarla en carne viva. La familia paterna se manifiesta posiblemente como único nicho de salvación; no se admite la exogamia; los vínculos sólo pueden ser hacia al interior; por ello, en estas familias nos encontramos el incesto y fracasos recurrentes en la formación de nuevas familias; se dan divorcios que obligan a retornar al nido originario.

El dolor, el trauma queda relegado al inconsciente

¿Pero por qué obedecer estas consignas externas? La explicación que nos topamos es porque se han interiorizado, forman parte del superyó y del ideal del yo, el abuelo podrá presentarse como un yo-ideal, pero en sus hijos ya no, pues la manía es la respuesta a este fracaso; al no poder posicionarse en el lugar del padre, actúan como si lo estuvieran. En su fallo por transmitir la castración y el deseo, el padre causa en estos hijos la necesidad de encontrar un otro del padre con quien identificarse e instaurar el funcionamiento de sus estructuras psíquicas; lo harán con el aspecto negado, pero —como se explicó anteriormente— se renegará,

pues entra en contradicción, con la consigna paterna y el código de la familia. Considero que el abuelo es un padre primordial, porque se posiciona como el fundador de estas familias; necesitaba negar aquello que le dolía para sobrevivir, reponerse y mantener el equilibrio que dependía de él. La madre (la abuela) se vuelve cómplice de ello; actúa de acuerdo con este padre y transmite a sus hijos la necesidad de imitarlo (pero al interior, sabiendo que tendrán que fracasar en ello). En la actualidad, la modernidad es el abuelo primordial que se busca imitar —o relanzar, al menos en el aspecto de lo ideal—, como explican Lipovetsky y Charles (2014); el pasado se celebra; es una fiesta, pero ya no se busca vivir bajo sus mismas consignas.

Aquí, se presenta la posibilidad de una deuda afectiva inconsciente en la herencia, el abuelo niega para sobrevivir, pero con el anhelo de que alguien restaurará aquello que fue dañado más adelante. Los hijos interpretan esta restauración como la necesidad de mantener la ignorancia hacia el fracaso. No puede sanar el dolor, no puede representarlo, pensarlo o soñarlo, pues desde la madre no vienen las herramientas para elaborar estos aspectos inconscientes y del padre no surge la ley del deseo, sólo la del deber. Más que un padre que castre, el abuelo se ha posicionado como el padre que ha de salvaguardar a sus hijos del desvalimiento ante la realidad (Freud, 1937); se da un elemento paradójico, ya que el padre hereda un dolor a elaborar. Si los hijos reconocen este dolor, se enfrentarían al desvalimiento y la soledad; esto no sólo los amenazaría a ellos, sino también a la estructura familiar. Vivimos en una cultura en la que el malestar no está ya del todo en el reclamo por la represión de los impulsos, sino por el fracaso de la sociedad en amparar la desesperación de la soledad humana.

La segunda generación, al convertirse en padres, fallarán de nuevo, ya que ellos mismos carecieron de una función paterna, y transmitirán de nuevo el dolor negado a sus hijos, la tercera generación; a ellos correspondería redimir el trauma originario. Es interesante observar cómo el padre abandona a sus hijos en los primeros años de vida, so pretexto de una mala relación (destinada a ser mala); se divorcian y se alejan, delegando su tarea a sus propios



padres —al menos, la tarea económica—, ya que estos abuelos no fueron capaces de ejercer una función paterna sobre sus propios hijos; de lo contrario, no estaría buscándolo para que se responsabilizaran por sus nietos. Otro elemento importante a destacar es el entrecruzamiento de la relación de pareja (Gomel, 1991): la madre es depresiva, quien se encomendaba a un padre superior, a Dios. El dinero toma fundamental importancia en la relación entre las generaciones, pues es el representante de la potencia y la fuerza del abuelo, así como el poder de las esferas más altas de gobierno, ya que no se presenta esta fuerza en la ley, sino en la adquisición y la generación de ganancias. Los nietos no se forman en función del cumplimiento del deseo, sino en qué tan intensamente experimentan la vida o que tan exitosos son en sus estudios o el trabajo. Lo paradójico se presenta en que en ninguna de ellas pueden hacerse presentes ni logran el éxito ni disfrutan su existencia.

*El padre abandona a sus hijos en los primeros años de vida,
so pretexto de una mala relación*

Parece que la madre tenía que hacerse a un lado, mostrarse ineficaz y ausentarse afectivamente para que en sus hijos se transmitiera el dolor negado, pero que ya no puede ser renegado por tercera vez. Telémaco busca el análisis, un grito, como lo maneja Lacan (1962-1963/2006), para que el encuentro de otro —la madre depresiva ni el padre maníaco, sino otro— pueda ayudarle a elaborar y significar el dolor que, como una deuda maldita, se le ha heredado. La búsqueda de un análisis, además de los aspectos externos que tenían que ver con una falta de sentido de vida y relaciones afectivas tormentosas, parecía como la búsqueda de un espejo distinto del espejo familiar en el que pudiera verse más allá de lo que la familia les había depositado, así como un intento de acceder a la historia (Faimberg, 2006). Como ya habíamos mencionado con el abuelo, la historia para esta familia se detuvo; sólo lo que él y su esposa construyeron existe; los hijos y los nietos se ven imposibi-

litados a recomenzar el flujo del tiempo para ser partícipes de su propia historia.

Volviendo a la madre, ausente y depresiva, parece que la búsqueda de la causa de este alejamiento se mostró infructuosa al mirar las catexias de la madre; nada se encontraba ahí para darle una explicación a su ausencia; en cambio, en el padre se encuentra un objeto olvidado, renegado que servirá para sentirse parte de la familia e instaurar su propia novela familiar. Aunque en los recuerdos no se llegaron a relatar momentos felices de convivencia con la familia, la apropiación del objeto transgeneracional —pero no el de madre, como señala Faimberg (2006) sino del padre— es por el anhelo de tener esa familia anhelada que brinda cuidados y afecto, consuelo ante una sociedad fría y demandante de



consumo irrefrenable. Lo que en un inicio no podía ser nombrado o no tenía sentido cobra sentido cuando mira hacia la realidad; de ahí que las representaciones imaginarias (Castoriadis, 1981) y las ideologías (Žižek, en Pasqualini, 2017) encuentran el fallo: no era el padre ni la madre, sino la cultura. Esa explicación le daba tiempo para seguir ignorando el aspecto negado que ahora es parte de su propia estructura.

Conclusión

El suicidio representa el triunfo de la pulsión de muerte; va decaectizando todos sus vínculos —incluso el de su vocación— bajo los dominios de un narcisismo negativo (Green, 2011); sólo queda la desesperación. La cultura como pretexto ya no es suficiente y surge la demanda de ayuda. En la transferencia y en el *setting* analítico, se manifiesta al inicio una fuerte dificultad a expresar afectos; hay quejas, pero no sentimientos. Sin embargo, como Faimberg (2006) señala, fueron más los silencios que las interpretaciones las

que invitaron a que pasaran de las quejas a la expresión del afecto; las manías del padre y la negación del abuelo eran elementos muy presentes en estos pacientes, hacían demasiado ruido y el silencio del analista (que no era propositivo, muchas veces no sabía qué decir o cómo interpretar y prefería quedarme callado) dio el espacio a que surgieran como sujetos encaminados hacia el deseo. En la cultura, una sociedad llena de ruido, el deseo se ve aturdido y silenciado, no se encuentra la posibilidad de nombrarlo, ya que la modernidad capitalista enuncia los deseos que la población debería estar enfocada en cumplir (Echeverría, 2016; Lipovetsky, 2014; Žižek, 2016).

La cultura como pretexto ya no es suficiente y surge la demanda de ayuda

Contratransferencialmente, en el análisis del caso, me enfrentaba de manera recurrente con la sensación de vacío y falta de propósito; llegaba a pensar que no tenía sentido seguir viéndolo, ya que no llegaríamos a ningún lado con su análisis; por momentos, me molestaba que no pudiera profundizar y sólo llegara a quejarse a las sesiones; el apoyo de mis supervisores —enfoques diferentes en cada uno— me restituía el ánimo para seguir trabajando con ellos; sobre todo, porque señalaban que, si en verdad el análisis no progresaba, entonces no regresarían; esta observación fue vital, pues me di cuenta de que era muy raro que faltara a sus sesiones e incluso reclamaba cuando yo me ausentaba. El espacio analítico era, por un lado, el esfuerzo por deshacerse de su herencia maldita y la construcción de su deseo y, por otro, se pensaba como un espacio en el que podían refugiarse del estruendo del exterior (la amenaza de lo real externo) y como consuelo ante la angustia de desvalimiento. Este último elemento tenía que ser trabajado más adelante, pues aquí se anudaba un aspecto de la transferencia, el conflicto se asociaba a una fundamental pregunta: ¿Por qué se aferraban al objeto causante del dolor?

El objeto representaba al abuelo en el padre, mito de potencia ante una realidad demasiado severa para ser tolerada sin una fuerza mayor que les diera consuelo. El análisis, en un inicio, construía esta esperanza de sustituir este padre primordial por un análisis que le diera sentido, explicación y consuelo a su dolor y la realidad hipermoderna. También en la contratransferencia caía en la necesidad de darle explicaciones de lo que le pasaba; en el disfraz de una interpretación, me veía como tutor, dándole sentido a sus afectos y experiencias, posiblemente necesario en un inicio, pero engañoso más adelante, pues más que trabajar en la construcción de su propio deseo (proyecto de vida contra proyecto de muerte), me volvía traductor de sus acontecimientos. La elaboración del dolor propio resultaba en la elaboración del dolor heredado, al renunciar a la herencia proveniente del linaje paterno; se volvía posible analizar su propia historia y no la de la familia.

En otro giro del bucle de lo cultural a lo individual y viceversa, el análisis del caso nos lleva a reflexionar en un posible movimiento histórico; el mismo Lacan y Freud ya hablaban del declive del padre en la modernidad. Si la cultura es efecto de representaciones imaginarias colectivas, entonces, lo que llamamos *hipermodernidad*

y sus aspectos tanto negativos, como positivos es consecuencia de movimientos individuales en paralelo a un movimiento histórico. El triunfo de occidente en las guerras mundiales y en la lucha contra el socialismo posicionó al capitalismo como el padre omnipotente que con la economía todo lo puede resolver (Žižek, 2016), una generación tuvo que encarnar esta creencia, mediante el trabajo fijo y la familia. Sólo podía porvenir el bienestar, aunque como diría Freud (1927/2007), sería el porvenir, pero de una ilusión, La generación que le siguió, cercana a la de los movimientos del 68 que protestaban, como nos explica Echeverría (2016), contra el adoctrinamiento que estaban haciendo de ellos para funcionar al margen del capitalismo y el consumismo, declinó en sus protestas, se refugió en la negación; la generación subsiguiente es un entramado de la negación y la necesidad de develar la verdad; los sociólogos (Bauman, 2018; Bartra, 2017; Echeverría, 2010; Lipovetsky, 2014) señalan que la modernidad fracasó; de ahí vino la posmodernidad. Y luego la hipermodernidad intenta denegar su derrota, pero enfocándose ya no en lo social, sino directamente en el campo individual.

A la par de este proceso histórico, viene la familia que analizamos; se identificaba con el proceso social que los acompañaban y daban sentido



a sus decisiones desde ese marco; la interpelación y la sobredeterminación se sobreponen. Los modelos ideales y morales del superyó toman su material de lo que está pasando en el exterior y que a su vez la familia le transmite. Si la modernidad hizo del abuelo paterno carne de la Ley del capital, los nietos enuncian su fracaso, y el camino se separa, por un lado, para mostrar la decepción hacia las generaciones anteriores y su fracaso, así como su hipocresía ante lo que han negado; por el otro, la búsqueda individual de satisfacción ya no en el deseo —es arriesgado—, sino en los placeres inmediatos y materiales. Pero en la constitución de cada individuo y su acceso al mundo, ha de quedar una garita que anhela la reconstitución del deseo, ese pequeño espacio que finalmente trae a Telémaco a consulta: la demanda es apaciguar el dolor; pero de fondo también se encuentra restituir la posibilidad de lidiar contra los misterios de la vida y la muerte.

En la constitución de cada individuo y su acceso al mundo, ha de quedar una garita que anhela la reconstitución del deseo

Por medio de los padres se transmite una deuda: la de asumirse la ley y rechazar el pasado doloroso. Interpreto, de esta forma, que el malestar subjetivo contemporáneo es una demanda de auxilio de todos los que estamos insertos en ella. Eliminar la herencia maldita, y dejar entrar el dolor que mucho tiempo se ha buscado negar, arrojar al inconsciente y olvidar para siempre. Esto, de la mano del anhelo por la llegada de un padre que protege a la sociedad del desvalimiento; sin embargo, este padre no existe ni llegará. La única solución es la más amarga: aceptar esa verdad y asumirla. Mas, en consecuencia, nacería de nuevo el deseo; cada individuo de forma singular ha de buscar cómo lidiará con la vida y con la muerte; quizás haya testimonios encarnados de este triunfo, pero son testimonios y no leyes o reglas a seguir, imitar. Obedecer es apegarse a los deseos de un otro, y esto poco tendría que ver con la satisfacción propia. En cierta forma, la cultura ha evolucionado y

avanzado al punto en que la libertad puede ser asumida sin poner en riesgo la supervivencia de la sociedad; estamos en una época en la que es posible ser amos de nuestro propio destino por doloroso o arriesgado que eso pueda ser. La hipermodernidad actúa porque quiere aprender que ya no necesita de un modelo viejo para seguir existiendo; es una época en la que podemos reflexionar el pasado y construir el futuro, siempre que se renuncie al goce inmediato y se dé lugar a la singularidad del deseo.



Finalmente, no hay que olvidar que la destructividad está en todos los seres humanos; la idea de que todo el mal desaparecerá no puede ser más que inocente e ignorante de la historia misma. En el reconocimiento del inconsciente, no sólo radican los deseos eróticos y creativos; también existen ele-

mentos sádicos, destructivos, envidiosos, que buscan satisfacción, expresión. La cultura existe para protegernos de esos mismos deseos para sobrevivir en sociedad. El padre primordial es testamento de lo que puede llegar a pasar sin las limitaciones que la Ley nos impone; los hermanos de la horda tuvieron que prohibirse lo que ellos mismos anhelaban por el temor de asesinarses entre ellos y extinguir a la horda (Freud, 1913/2007). Si la hipermodernidad habla de un malestar cultural que es heredado por la historia, es porque se anhela otra posibilidad que va más allá de los que la interpelación o las representaciones imaginarias de la sociedad nos ofrecen. El cambio de la cultura es difícil y sólo la historia determinaría su destino; pero en análisis llegan individuos buscando una historización propia: quieren descongelar el tiempo para entintar las páginas de su legado.

El anhelo de este trabajo es dar un acercamiento a uno de tantos fenómenos que se presentan en la consulta en la actualidad. La pregunta de investigación no apareció antes del trabajo clínico, sino que se manifestó dentro de él; los autores y las teorías actuales

no fueron suficientes para explicar con precisión este fenómeno; fue a partir de la conjunción de varias aportaciones teóricas psicoanalíticas e incluso sociológicas que se pudo concretar una respuesta a las situaciones observadas en estos pacientes. Esta investigación-reflexión intenta dar palabra y representación a un fenómeno que ha pertenecido en el anonimato: los pacientes carecían del lenguaje para poder expresar. No se podía expresar qué es lo que estaba mal en ellos o con ellos, ya que no tenían los recursos para poder nombrarlo; ahora, con este trabajo se busca dar a otros colegas analistas una perspectiva a situaciones que podrían estar enfrentando o llegar a enfrentar en relación con la herencia maldita desde el linaje paterno.



Referencias

- Arcella, P. (2012). Declaración de Lyon, cuando la mundialización nos enloquece por una ecología del vínculo social 22 de octubre del 2011. *Revista Salud del Bosque*. 2(2), 76-82. Recuperado de: <https://doi.org/10.18270/rsb.v2i2>
- Bartra, R. (2017). *La melancolía moderna*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z. y Leoncini, T. (2018). *Generación Líquida: Transformaciones en la era 3.0*. México: Paidós.
- Bergeret, J. (1974). *La personalidad normal y patológica*. Barcelona: Gedisa.
- Castoriadis, C. (1981). Las significaciones imaginarias. En: *Una sociedad a la deriva: entrevistas y debates, 1974-1997* (2006). Buenos Aires: Katz Editores.
- Cobos, E. G. (2018). *El padre en la transmisión generacional del trauma y sus implicaciones en el orden social contemporáneo*. Tesis doctoral. Universidad Intercontinental: México.
- Echeverría, Bolívar (2010), *Modernidad y blanquitud*, México: Era.
- Eiger, A. (1998). *Lo generacional. Abordaje en terapia familiar psicoanalítica*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Faimberg, H. (2006). *El telescopaje de generaciones: A la escucha de los lazos narcisistas entre generaciones*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2007). *Totem y Tabú*. (trad. J. L. Etcheverry). En *Obras completas* (tomo XIII). Buenos Aires: Amorrortu (Obra original publicada en 1913).
- (2007). *El yo y el ello* (trad. J. L. Etcheverry). En *Obras completas* (tomo XIX). Buenos Aires: Amorrortu (Obra original publicada en 1923).
- (2007). *El porvenir de una ilusión* (trad. J. L. Etcheverry). En *Obras completas* (tomo XXI). Buenos Aires: Amorrortu (Obra original publicada en 1927).
- (2007c). *El malestar en la cultura* (trad. J. L. Etcheverry). En *Obras completas* (tomo XXI). Buenos Aires: Amorrortu (Obra original publicada en 1930).

- (2007). Moisés y la religión monoteísta (trad. J. L. Etcheverry). En *Obras completas* (Tomo xxiii). Buenos Aires: Amorrortu (Obra original publicada en 1923).
- Gomel, S. de (1991). Narcisismo, ideal e identificación en psicoanálisis de familia. En I. Berenstein (comp.). *Familia e inconsciente*. Buenos Aires: Paidós.
- Green, A. (2011). *Ideas directrices para un psicoanálisis contemporáneo*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (2012). *Narcisismo de vida y narcisismo de muerte*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Kaës, R. (2010). *Un singular plural: El psicoanálisis ante la prueba del grupo*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Lacan, J. (2015). *Seminario 4: La relación de objeto*. Buenos Aires: Paidós (Obra original publicada en 1956-1957).
- (2006). *Seminario 10: La angustia*. Buenos Aires: Paidós (Obra original publicada en 1962-1963).
- Lipovetsky, G. y Charles, S. (2014). *Los tiempos hipermodernos*. Madrid: Anagrama.
- Marcuse, H. (1986). *Eros y civilización*. México: Joaquín Mortiz.
- Matus, S. (1991). Tres registros del cuarto término de la estructura familiar inconsciente: intercambio-narcisismo-angustia. En I. Berenstein (comp.). *Familia e inconsciente*. Buenos Aires: Paidós.
- Moctezuma, G. (2013). *Malestares contemporáneos: calidad y estilos de muerte*. México: Universidad Intercontinental.
- Pasqualini, M. (2016). *Psicoanálisis y teoría social: Inconsciente y sociedad de Freud a Žižek*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Pontalis, J. B. (1991). *La force d'attraction*. S.l.: Le Seuil.
- Quinodoz, J. M. (1993). *The Taming of Solitude. Separation, Anxiety in Psychoanalysis*. Londres: Routledge.
- Rozitchner, L. (2015). La detención de la agresión por la culpa. En N. Braunstein (comp.). *A medio siglo de El malestar en la cultura de Sigmund Freud*. México: Siglo XXI, 265-320.
- Shneidman, E. S. (1993). Suicide as psychache. *The Journal of Nervous and Mental Disease*, 181, 145-147.
- Troister, T. y Holden, R. (2013). Factorial differentiation among depression, hopelessness, and psychache in statistically predicting suicidality. *Measurement and Evaluation in Counseling and Development*. 46(1), 50-63.
- Winnicott, D. (2012). *Escritos de Pediatría y psicoanálisis*. Barcelona: Paidós (Obra original publicada en 1935).
- Žižek, S. (2016). *Problemas en el paraíso: Del fin de la historia al fin del capitalismo*. Barcelona: Anagrama.